

ses, y Voces, que me parecieron necesarias, así en la medida, y ambito de los periodos, como en los demás ornatos de la elocucion, para que no haga diferencia de el estylo de esta Chronica; pues no se puede negar que el de los dos Ilustrísimos Elocuentes, *Manero*, y *Cornejo* se diferencian no poco; aunque no sin primor, y harmonia en la misma diversidad. Porque el estylo del Ilustrísimo *Manero*, es mas *severo*, y *conciso*: el del Ilustrísimo *Cornejo*, mas *apacible*, y *corriente*: Aquel, declina mas à la sentencia; que pide concision, y gravedad: este, à la methaphora; que embuelve hermosura, y ambito: sin embargo de que ni à la elocucion del señor *Manero* falta el ornato de la methaphora, aunque mas ceñida; ni al del señor *Cornejo*, el de la sentencia, aunque mas suelta. Ambas elocuciones, en suma, tienen excelencia, y primor: solo que el primero la descubre en lo grave de la magestad: el segundo, en el agrado de la hermosura.

Lo que añadido, pues, lo que dexo, lo que invierto en la referida Vida, escrita por el Ilustrísimo *Manero*; no se piense que mira à la enmienda: no, por Dios! no se piense tal: lexos vaya de mi coraçon presuncion tan temeraria. No mira, sino à la vniformidad del estylo, que sigo. Y llevese bien entendida desde luego esta sencilla protesta de mi ingenuidad; sin que parezca sobrada la prevencion: puesto que, por el mas leve resquicio de vna apariencia suelen hazerse entrada las futilidades de la calumnia. VALE.

SEXTA



SEXTA PARTE
DE LA
CHRONICA SERAPHICA:
LIBRO PRIMERO.
VIDA PRODIGIOSA
DEL FAVORECIDO SIERVO DEL ALTISSIMO
S. PEDRO REGALADO.
CAPITULO PRIMERO.

DE LA PATRIA, PADRES, NACIMIENTO,
y principios del Santo Regalado en Virtudes,
y Letras.

*Sicut vi-
vis abundas
in laboribus
Domus tua.
Psalm. 127.
v. 3.*



DESDE los primeros tiempos, que la Religion Seraphica fixò sus raizes en el honorificado Pueblo de la Christianidad, empezó à ostentarse mística fecunda: Vid; levantandose descollada (no menos para hermosura, que para defenfa de la Casa del Señor) sobre la Portada magnífica de sus Divinos Atrios. Así plantada, dilatose presurosamente, con assombro de la misma admiracion, en hermosísimos Ramos: vistiose de apa-

cibles Hojas; adornose de varias, y bellas Flores; coronose de opimos, y dorados Frutos: siendo los Ramos sus multiplicadas Familias: Hojas, los libros de su celestial Sabiduria: Flores, sus exemplares Virtudes: Frutos, aquellos Hijos ilustres, à quienes adora sobre sus Altares la Iglesia entre las columnas de la Fè. Mas aunque en todo tiempo fue así; en el quinto dezimo Siglo de nuestra Universal Redempcion, y tercero de la misma Religion Seraphica, se excedió tan notablemente en su maravillosa fecundidad; que

Parte VI.

A avien-

aviendo llenado con ella toda la Quinta, y casi toda la Quarta Parte de esta Chronica, resta para la Sexta, y la Septima vna abundantissima porcion de frutos; en quienes aun es mayor asfunto à la admiracion la calidad, que la abundancia.

Tiene por muchos titulos el primer lugar entre tales Frutos aquel favorecido Siervo de Dios S. Pedro Regalado: *Regalado*, no se si tanto por apellido de su Profapia, quanto por caracter, ò definicion propissima de su Espiritu. Lo cierto es, que para regalarle, y enriquecerle de bienes en este valle de lagrimas, solto el brazo poderoso del Altissimo todo el represado torrente de sus delicias: demodo, que desde la fuente de la Gracia en el Bautismo hasta la de la Gloria en su Tránsito, se hallò anegado el Santo en el mar de los Divinos favores. Explicados estos en fluxos, y refluxos de admirables vicisitudes; yà bebiendo penas en Calizes de amargura; yà comunicando consuelos en la Mesa, que le preparaba el Amor Divino, contra todos los que le atribulaban: al fin, siempre le hizieron los soberanos favores, hijo regalado del Padre Celestial. A esta cuenta, verèmos en su Vida todas las virtudes *Regaladas*: La *Humildad*, regalada con la dulzura de las Divinas palabras, en la revelacion de aquellos secretos, que reservà la infinita Sabiduria para los verdaderos humildes. La *Obediencia*, regalada con el delicado manjar del cumplimiento de la voluntad del Padre; plato el mas sabroso, para los que no tienen mas gusto, que el gusto de Jesu Christo. La *Pobreza*, regalada con la escondida dulzura, que reservà Dios para sus pobres; y que solos ellos la conocen, porque solos ellos la gustan. La *Castidad*, regalada con la miel virgen, que sobre las azucenas, y rosas vierte en purissimos destellos el suavissimo pa-

nal de los Divinos labios. La *Penitencia*, regalada con el Manà del Cielo, y con el torrente de delicias, que se encamina al corazon, de los que en continuo quebranto del cuerpo, y del espiritu, peregrinan el desierto de duras sequedades, ò navegan el roxo mar de la Passión de Christo. La *Prudencia*, regalada con el pan de vida, y entendimiento, y con el agua de la Sabiduria saludable, con que alimenta la Soberana Bondad à los Justos, que saca del mundo, y endereza à si por espeçiales caminos, para mostrarles el Reyno de Dios. Su *Fortaleza* en el *Reforme de nuestra Religion*, regalada con aquella fabrosa hartura, que en las Bienaventuranzas ofrece el Señor, à los que tienen hambre, y sed de Justicia; y que mientras mas satisface, mas se apetece. Y sobre todo, su ardentissima *Charidad*, regalada con las flores, y manzanas de los enfermos de amor; y con los adovados Vinos de la Real Divina Botilleria, en que se encienden, y arden, como lamparas de fuego, y de llamas, los corazones de los amantes sagrados, ordenada en ellos la caridad eterna. Siendo, pues, plato de tanto gusto la Vida, y Virtudes del *Regalado*, entro desde luego à historiarlas, sin el temor de que sirvan de embarazo à la leyenda, los defabrimientos de mi pluma.

Fuè natural este Varon insigne, de la antiquissima, y coronada Ciudad de Castilla la Vieja, Valladolid; que desde entonces, entre las muchas glorias, con que se ilustra, cuenta por vna de las mayores, el aver sido feliz Oriente de tanto Sol. Su Padre se llamó Pedro de la *Regalada*, que dezian antiguamente: ò de *Regalado*, que dezimos aora: su Madre, Maria, de *Cofranilla*: ambos de antiguo, y muy honrado linage; opulentos en bienes de fortuna, y singularmente señalados, y bien quistos en la Ciudad (en-

*Daza inscrip-
ta S. Petri,
Cap. 1. v. 2.*

ton-

tonces Villa,) por sus christianos procedimientos. Calificaban la limpieza de sus venas, con la de sus manos; persuadidos, à que blasonar de sangre limpia con manos no limpias, era descabezado delirio de la vanidad. Con los humildes se mostraban afables, sin envilezerte: con los Poderosos, cortesefes, sin lisongearlos. A todos hazian el bien que podian, con desinterès; y quando no podian, lo deseaban con voluntad muy sana. De ninguno hablaban mal; ni permitian, que otros en su presencia lo hablássen; porque, ò con el silencio, ò con el respeto, les enfrenaban la lengua. Todos hallaron en ellos bien guardadas las espaldas; la amistad, correspondida; las promessas, desempeñadas; los tratos, muy sencillos. Jamàs entraron en las rebueltas de la duplicidad, ni atañaron con sus escondrijos; de donde apenas saben salir aquellos ardidosos, que sin ser hombres honrados, quieren parecerlo. Eran sus labios el asfiento proprio de la verdad; su corazon, el de la misericordia; sus manos, el de la largueza. Nunca durmiò en su casa el sudor de los jornaleros, que cultivaban sus campos; porque la justissima compasión, con que pesaban los afanes de estos pobres, no sabìa diferenciar, entre derramarles el sudor, ò la sangre; hallando solo en el color la diferencia. Daban à cada vno lo que tocaba, cumpliendo con la justicia; y à muchos, mas de lo que les tocaba, estendiendose à la liberalidad. Eran demàs, demàs, desto, tan moderados para si, como excessivos con los pobres; y contentando à la calidad del estado, con la decencia del porte, cercenaban superfluidades de ostentacion, para convertir las en alivio de los menesterosos. Procedian en todo tan ajustadas à las leyes de vna christiana nobleza, que quando no la tuvieran tan excutoriada en la anti-

Parte VI.

gua Profapia de sus mayores, facilmente se dexàra conocer, aun de los menos avifados; en la justificacion de tan lissos, y loables procederes. En ellos, en fin, se descubria, como en espejo, la viva imagen de aquellos Varones sencillos, que solemos llamar en las Republicas *hombres de bien*.

Hijo digno de tales Padres salió à la luz de este mundo el Santo Regalado, año de mil trecientos y noventa, ocupando la Silla de San Pedro Bonifacio IX. el Trono del Imperio Occidental Wenceslao; y el Solio de Castilla Enrique III. Dieron al Niño el nombre de su Padre en el sagrado Bautismo, y llamose Pedro; quiza no sin consejo de providencia Divina; puesto que sobre la piedra de su invicta fortaleza vnida à la de su V. Maestro *Villacreces*, se levantò en estos Reynos de España la Reforma de nuestra Serafica Religion, como mas extensamente verèmos adelante. Con tres renombres; ò apellidos fue conocido, luego que se hizo famoso en el mundo: porque vnos le llamaban *Fray Pedro de Valladolid*, por la Patria; otros, *de la Cofranilla*, por su Madre; otros, *Regalado*, por su Padre: y este apellido (acafo porque suena mas en misterio) es oy, el que prevalece à todos.

No anduvo perezosa la razon, en comunicar al Niño sus luzes: porque en los años mas tierhos de la puericia, yà se admiraban adelantadas en el, operaciones de mayor edad. Pudo el Padre desfrutarlas poco en la vira de esta vida: por averle llamado el Señor à la eterna, quando aquellos tempranos frutos de la virtud de su Hijo, apenas empezaban à descubrirse. Causò en el Niño este golpe vn dolor del tamaño de su conocimiento; y huviera sido mayor, à no comprehender en la virtud de su santa Madre, muy cabal substitution del magisterio,

*Daza fol.
2. v. 448
adan. 1448
n. 4.*

A 2

que

que en la falta de tal Padre le quitò la muerte.

Despues de bien decorados los rudimentos de nuestra Santa Fè, se aplicaba el Niño con especial conato à estudiar en los exemplos de su buena Madre la practica de las virtudes. Hizo en esta escuela aquellos progresos maravillosos, que se logran ordinariamente en los hijos, quando los Padres forman de sus operaciones cartilla, para que aprendan el Christus de la perfeccion christiana; pues es bien cierto, que la lengua, sin el refuerzo de los exemplos, es instrumento muy floxo, para imprimir en la dura rebeldia del corazon humano la doctrina de la primera educacion.

Tendria de siete, à ocho años el Regalado, quando ya afligia su inocente cuerpecillo con ayuno casi continuo, y frequentes disciplinas; corriendo en estas tan fervoroso, que fue menester, entrasse à ponerle rienda, la autoridad de la Madre. Dormia poco, y esto sobre la tierra desnuda; y no siendo mobil entonces de tales rigores sus culpas; porque no avia manchado con ellas el candor de su primera inocencia: se dexa bien discurrir la pureza de su amor. En los Templos asistia con tal reverencia, que causaba admiracion, y ternura; dando à las canas exemplo de devocion, y desmintiendo la niñez con la seriedad. Como el fuego de la Divina gracia hallaban bien dispuesto aquel candido corazon, obraba con toda su actividad; de que necessariamente resultaban dos admirables efectos: vno, dexar muy atrás à la naturaleza, que no fuele caminar à la cumbre del espíritu, sino al passo perezoso de los años: y otro, andar todo encendido en perpetuas ansias de agradar à Dios, que tan de antemano le adjudicò para sí. Tan eficazes eran estos deseos, que si tal vez se deslizaba en alguna palabra,

ò accion menos ajustada al arancel escrito con el dedo de Dios vivo en su corazon: no folegaba, hasta castigar-se severamente.

Dabase al recogimiento interior, mas de lo que se puede encarecer; para cuyo empleo huia todo lo posible la diversion con los otros niños, que le acompañaban en la escuela: y en bolviendo à casa, se retiraba à su quarto, donde gastaba en oracion largas horas. Haziansele menos que instantes; porque le daba Dios à gustar en ellas sin tasa las dulzuras de su Divina presencia; fomento con que se encendian poderosamente las ansias de aquel candido corazon, por gozarse con hartura en la belleza del bien, que le traia engolosinado. Era estrecho cauce el de su pecho, para repressar en edad tan tierna sentimientos tan mayores; y à esta causa, reventaban à vezes à lo exterior, rompiendo sus margenes en inocentes suspiros, y sencillissimas frases, que explicaban ajustadamente la passion amorosa, de que adolecia.

Alimentado con esta primera leche de las dulzuras sensibles à los pechos de la divina consolacion, (alimento, al fin, de parvulos) entrò el Niño Regalado en los nueve años de su edad; à cuyo tiempo comenzò à oír en lo mas retirado del interior la voz del espíritu, que le llamaba à nuestra Religion Seráfica. No era su vocacion de aquellas desalentadas, que permiten treguas al corazon; sino de aquellas activas, y fogosas, que le martyrizan; mientras no descansa en el centro, à que le llevan: con que al punto participò la novedad à su Madre; instandola vrgentissimamente, à que luego luego le diese su bendiccion, y licencia, para solicitar el Abito.

La señora, que como Madre prudente conferia, y guardaba en su pe-

cho

cho todas las referidas señales de la santidad de su hijo, escuchò la proposicion con igual placer, y quebranto: porque aunque su mayor deseo era consagrarle à Dios en nuestra Religion, de la qual fue con esmero devota: todavia el amor maternal se rehuia al apartamiento de vna prenda, tan entrañada en el corazon. En esta consideracion, para satisfacer à vno, y otro afecto, y humillar de passo al chicuelo; le persuadiò con discrecion, y autoridad de Madre, suspendiese sus ansias, entre tanto que el tiempo fazonaba mas la edad, y la vocacion; puesto que, ni la edad en los nueve años tenia la robustez competente al peso de las observancias regulares; ni de la vocacion se podia crear la firmeza necesaria, para calificarla, de mas que de niñeria. Que mientras se acercaba el tiempo, tratasse de aplicarle al estudio de la Grammatica, para adquirir la suficiente literatura, que pedian los Padres del Convento à los Novicios del Coro; y principalmente, que se aplicasse al exercicio de las virtudes, sin las cuales no presumiese le avian de admitir en la Religion, à donde no era justo entrassen los niños, que no procuraban ser Santos. Como el Angelito tenia ya bastante discrecion, para conocer la razon de su buena Madre; y no menos humildad, para no meterse à escudriñar los motivos de ella: quedò confuso en su humillacion, pero muy resuelto à buscar el fin de sus ansias por todos los caminos, que le señalò la piadosa Matrona.

Tres, ò quatro años corrieron desde el successo referido, hasta que tomò el Abito, en los cuales estudiò con mas que mediana suficiencia la lengua latina. Para el bien logrado trabajo de sus estudios conduxo mucho la viveza de su ingenio, que era excelente: pero mucho mas hizo al caso la tarea de

Parte VI.

su aplicacion, que era, como de quien deseaba saber; y sobre todo, la abstraccion de peregrinas impresiones; de que siempre, à influxos de la Divina gracia, se viò despejado el Cielo de su interior. No por el cuydado de sus libros fe descuaydaba de los exercicios espirituales; especialmente de los de oracion, ayuno, y misericordia con los pobres: antes los aumentaba, con la persuasion de que debia ser Santo, para que le admitiesen al estado Religioso, segun lo que le avia dicho su Madre. En este linage de vida, que aun en obligaciones mas canas seria no solo irreprehensible, sino admirable; perseverò el Regalado hasta los treze años, adelantandose à la edad su gracia, y sabiduria delante de Dios, y de los hombres.

CAPITULO II.

TOMA EL REGALADO NUESTRO Santo Abito, y professa con fervoroso espíritu.

ESperança, que se dilata (segun el Divino Oraculo) es tormento, que cruzifica: y quien así no lo entendiese, no acabará de comprender aquel dulce penoso martyrio, que padeciò el Regalado los tres, ò quatro años, que vivió pendiente, y clavado en la cruz de sus esperanzas. Pero los que saben por experiencia, que vn instante de esperanzas encendidas multiplica tormentos de eternidad; harán, sin duda, subido concepto del subtilissimo suspendio, que eligió para sí el enamorado pretendiente, todo el tiempo que aspirò al Abito, y le esperò. Y aunque por oculto, y delicado modo la misma esperança de su bien, era pitima que le consolaba, y vivificaba (como à David en su humillacion) con todo esto, de la misma causa del consuelo, sacaba su amor

A 3

el

el mas refinado espíritu de martyrio. Quando se cebaba su voluntad en la aprehension del bien, que esperaba, era regalo su esperanza: mas quando con entendimiento despierto rebolvía sobre su aprehension, y la hallaba lexos del bien esperado; entonces la misma esperanza derramaba todo vn caliz de amarguísima amargura sobre su corazón.

La piadosa Madre comprendiendo bastantemente el interior martyrio de su querido hijo, procuraba suavizarle, llevándole consigo muchas vezes al Convento de nuestro Padre San Francisco; donde le daba permiso, para que visitasse à los Religiosos; à quienes tenía robados los afectos: con su docilidad, y buena indole. Mas en esto mismo se redoblaba la pena del Angelito; porque teniendo à los labios, como lagrado Tantalo, el bien que ansiosamente deseaba, no le conseguía.

Yà se dignò la soberana Bondad de convertir en posesiones las esperanzas de su Regalado Niño, escogido para poner su espíritu en él: y al año treze de su edad se le admitió al Abito en el referido Convento de nuestro P. S. Francisco de Valladolid. El Guardian al darle, se hallò repentinamente movido de vn interior impulso tan fuerte, que casi sin deliberacion le hizo prorumpir en palabras, que sonaron à profecia; y despues por el efecto se viò, que no se quedaron solo en sonido. *Hodie miles strenuus datus est nobis: Oy (dixò) ha incorporado Dios en nuestra milicia vn soldado fuerte, diestro, y diligente. Casas grandes (profigiò) espero de este muchacho; sus acciones no pueden menos de ser baxañas, porque segun lo que vemos, està con el la mano de Dios.* Con el preludio de tan festivo vaticinio, se profigiò la solemnidad de la funcion entre alborozos, que sacaron lagrimas de ternura à todos los

Vnading.
adan. 1448
n. 5. tom. 5.
Annal.

circunstantes. Solo en el corazón del humilde Novicio sirvieron de tormento las referidas expresiones, porque hizieron en su ponderacion muy zofa vn insoportable peso, que le profundiò en el abismo de su nada; y vn perpetuo cargo, que no le permitia respirar, sino en el desempeño de sus obligaciones. Bella propiedad de humilde; confundirse, sin acobardarse; y sacar del abatimiento, como hijo verdadero de la tierra, vn audaz, y santo aliento, para emprender lo mas heroico.

Aplicòse desde luego à los empleos de Novicio tan exactamente, que no solo llenò; sino excedió las esperanzas de todos. No parecía que su alma tenia voluntad, segun se dexaba mover de la de su Maestro. Lexos estaban de sus labios las replicas, y las remurmuraciones; porque à la voz de la obediencia cegaba, y enmudecía; siendo linee solamente, para descubrir los mandatos, aun en las insinuaciones mas leves. En los actos de humildad; como barrer la Casa, servir en la cocina, y enfermería; limpiar los vasos, y cosas semejantes: asistía tan puntual, que parecia codicia su aplicacion. Procuraba no se le cayese de las manos ocasion alguna de humildad, aunque fuese la mas ligerissima que saliese de ellas la obra, sin animarla primero con la interior humillacion de su espíritu.

Con igual desvelo se aplicaba à la observancia de todas las ceremonias santas, que dan lustre, y hermosura al estado Religioso. Era de ellas observantissimo, sin nimiedades de ceremoniaticos ordinario extremo à que se deslizan aquellos espíritus extravagantes, en quienes à vezes hallamos mas ademanos que virtudes; porque poniendo todo su desvelo, en que las hojas, y corteza del arbol de la Religion aparezean hermosas à lo exte-

riori;

rior se olvidan de la caridad de Dios, y del proximo, que es el corazón, y el jugo de aqueste arbol. No ignoro, que conviene, como nos enseñò el celestial Maestro, *guardar lo vno, sin omitir lo otro*: pero digo, que debemos en estas cosas no pervertir el orden, que el mismo Maestro Divino nos enseñò; y siempre quiere, que el primero, y el mayor mandamiento de la caridad tenga lugar en el alma, antes que la exterior observancia de las ceremonias. Colocadas estas en el asfiento debido, no dexaba pasar el Regalado apice, ni jota de costumbre, y observancia santa, que no cumpliesse; con tanto aprecio, como pudieran hazer de los mayores mandamientos de la ley, am espíritus muy fervorosos. Semejante à su observancia se descubria la compostura de su exterior en el trato de los Religiosos; porque era tan sin artificio ajustada al arancel de la discreta honestidad, que no parecia sino que en ojos, en voz, en rifa, en pasos, en acciones, se le avianado la modestia.

Pero en lo que sobre todo procuraba instruirle, como en lo principal de las obligaciones de vn Frayle Menor, era la inteligencia genuina de la Serafica Regla, que avia de professar. Estudiòla à la letra renacisimamente; para que fixandovse bien en la memoria, siempre anduviesse cerca de la voluntad. Corregia la recitad de sus preceptos con las torcidas glosas, à que la avia llevado la fuerza cabilosa de los desreglados de aquel siglo: y no acabando de entender, como podia componerse la profesion de lo vno, con la practica de lo otro, proponia gravissimas dificultades à su Maestro. Admirandolas este sin resolverlas, las comunicaba con los Padres mas doctos de la Comunidad; y todos por vltimo apretados en el potro de la razon; con la fuerza de tales nudos, venian à con-

fesar, que no hallaban que responder; y solo se desahogaban en continuas admiraciones sobre el ingenio, y fabiduria del Novizuelo; aplicandole lo que los otros al Bautista: *Quis putas puer iste erit! Què juzgarèmos llegarà à ser este muchacho?* El fomento de tan maduras operaciones en años tan tempranos, era la fervorosa oracion mental, à que con licencia de su Maestro daba muchas horas. En estas desplegando su mano la Divina Liberalidad, le enriquecía de superiores ilustraciones; que al mismo tiempo de iluminar el entendimiento para la mas clara vista de la belleza de su Amado, acaloraban la voluntad, para los actos mas arduos de las virtudes; en cuyo exercicio se acreditaba la fineza de su amor.

En medio de tantas consolaciones Divinas no dexò de tener su acibar de mortificacion muy sensible; que, alin, mientras vivimos en este valle de lagrimas, aunque los gustos lleuvan del Cielo, siempre caen en la tierra; donde no se cogen, sino yà mezclados con las amarguras de sus sabores. Succediò, pues, que azorado el natural cariño de la Madre con las gracias, y virtudes, que los Religiosos la referian de su Hijo, sollicitaba verle, y hablarle con mucha frecuencia. No sabia negarle el Maestro à la pretension de la señora; yà por el respeto debido à su calidad, y buenas prendas; yà por los singulares beneficios de su devocion, à que era justo atenderle la gratitud de los Religiosos: por cuyo motivo sacaba muchas vezes el Maestro al santo Novicio, para que su Madre tuviesse el consuelo de conversar con él. Erate esto de tal quebranto, que no pudiendo, ni queriendo resistir con palabras al mandato, à que daba el primer lugar, reventaba el dolor en lagrimas, con que dezia su sentimiento. En vna de estas ocasiones,

que-

quexándose la Madre à su Hijo de la esquivèz, tan poco merecida de su maternal cariño: satisfizo la quexa el Santo, diciendo con mesurado semblante, palabras de esta substancia: Nunca juzguè, señora, creciesse à tanto la pasión natural de Madre, que llegassen sus humos à obscurecer el juyzio de vuestra discrecion, y la luz de vuestro desengaño. No podéis ignorar (pues así me lo enseñasteis, aun en mis tiernos años) que en la escuela de Jesu Christo es la primera leccion, el olvido de Padre, y Madre; porque mientras no se despega del alma esta carne, y sangre, hasta borrar sus imagenes; no podrá imprimirse en ella la sabiduría del Cielo. Si la práctica de esta doctrina, señora, es esquivèz con vos, desde luego me confieso culpado; bien que con vna culpa, de que no pienso jamás arrepentirme. Pero sino es esquivèz, sino razón; por qué me culpais? Y si en esto me arreglo à lo que Dios me manda, y vos me enseñasteis; por qué no me dexais en paz? El amor, señora, que os debo como hijo, juzgo le protesto debidamente con dos expresiones: vna, hazer al Señor especial oracion, para que os asista con su gracia; y otra, estar dispuesto à focorrer todas vuestras necesidades, en aquella forma, y por aquel medio, que segun Dios, y el estado, à que aspiro, me fuesse posible. En lo demás, señora, ni teneis que pedirme mas, ni lo esperéis de mí; y pues ya me sacrificasteis à Christo con entero corazon, en las aras del estado Religioso: yo os ruego, que no queráis deshazer el Sacrificio, impidiendo mi quietud, y vuestro merito. No pudo negar la señora la razon de su Hijo, porque era discreta; pero ni tampoco pudo ajustarse à ella del todo, porque era Ma-

dre. Por esta causa, aunque se abstuvo algo de las visitas, no dexò de repetir las con bastante frecuencia; continuando tambien con ellas el quebranto del Santo Novicio: de que se siguiò lo que dirè despues.

Passado, enfin, en los referidos exercicios el año de la probacion del Regalado; y viendole los Religiosos tan embebido en el trato interior con Dios; tan aplicado al culto Divino; tan bien instruido en sus Ritos, y Ceremonias; tan oficioso en los actos de humildad; tan careado à la mas puntual observancia de la Regla; tan desfasido de las memorias del siglo; tan descarnado del afecto de su Madre; tan entregado à los quebrantos del cuerpo; tan medido en sus palabras; tan compuesto en sus acciones; tan afable, y benigno para con todos: le dieron la Profesion en los catorze años de su edad, entonces la bastante para el valor del acto. El júbilo de su candidísimo espíritu, viendo ya sobre su cuello el yugo suave de la Religion, es mas facil à la consideracion que à la pluma: y frequentemente le protestaba, repitiendo con hazimiento de gracias aquella sentençia del Divino Oraculo: *Bonum est Viro cum portaverit iugum ab adolescentia sua*: Bueno le es al Varon aver ofrecido la cerviz al yugo, desde su edad primera.

CAPITULO III.

PROGRESSOS DEL SANTO REGALADO en las virtudes: juntafe al V. Villacreces, y salen ambos de Valladolid à la Fundación del exemplarísimo Convento de la Aguilera.

DExamos professo al Santo Regalado en el año catorze de su edad, correspondiente al del Señor de mil quatrocientos y quatro, tiempo fatalísimo para los Fieles de

Chri-

Christo; y en especial para el Estado Eclesiastico, por el pernicioso Cisma de multiplicados Antipapas: en los quales el mas detestable fue aquel Pedro de Luna, que como astro de malignas influencias, interpuesto, y opuesto largos años con nombre de Benédicto XIII. al Sol del verdadero Pontifice, llegó à eclipsar sus luzes; de modo que hizo en la Santa Iglesia Catholica vna prolongada obscurísima noche, en que desatinaron muchos. A las tinieblas del Cisma sucedieron forzosamente las de la pluma, en bastantes de nuestros Escritores, quando despues escribieron los acacimientos de aquellos rebueltos temporales: porque cruzandose de vna à otra parte, Disposiciones, Ordenes, Letras, Mandatos, Bulas opuestas de los Papas; y Antipapas, de los Ministros Generales, y Antiministros: sucedia muchas vezes; que las Provincias, y Conventos, ni sabían lo que avian de hazer, ni aun lo que hazian: con que los Religiosos, aplicados mas à llorar su calamidad, que à escribirla; ò à escribirla mas en el corazon, que en el papel, callaron del todo muchas cosas dignas de saberse; y otras dixeron à medio decir: sepultando las primeras en las tinieblas del olvido; y las segundas, en las de la confusion.

Vna de las materias, comprehendidas en estas segundas tinieblas; es el asunto de este Capitulo; principalmente por lo que toca en el V. Villacreces: pues aviendo sido vn Heroe dignísimo de fama inmortal, por su eminente sabiduria, por su relevante santidad, por su penitencia asombrosa, por el ardimiento de su zelo en la observancia de nuestra Regla, y por sus illustres Discipulos, por primera piedra, y basa fundamental de la Reforma de la Orden en estos Reynos de España: con todo esto, ni de su Patria, ni de sus Prelacias entre los Conven-

tuales, ni del año de su nacimiento, ni del de su Profesion, ni del en que se fue à la cueva de Arlanza, ni del tiempo, que en ella estuvo, ni quando fundò la Salzeda, ni quienes fueron alli sus Compañeros, ni en que disposicion dexò este Santuario, para passar al de la Aguilera, ni de que Prelados obtuvo las Patentes para sus primeras Fundaciones, ni de otras circunstancias semejantes, se sabe cosa fixa. Confieso ingenuamente he leído con atentísimo desvelo, y no sin eficaz deseo de descubrir la verdad, todos; ò casi todos los Autores antiguos, y modernos, domesticos, y estraños, impresos, y manuscritos, que tratan esta materia: y es cosa admirable, que no aya vno entre tantos, que en esta, ò en la otra circunstancia, no discuerde de los demás.

De aqui me persuado (y en mi entender, no con leve fundamento) à que el motivo de la referida discordancia, y de la variedad de opinar entre los Autores acerca de este punto: es lo que ya dexò insinuado, que no pudiendo divisar el norte fixo, y puntual de la verdad entre las tinieblas de aquel confuso tiempo, cada vno discurre segun las conjeturas, que mas se conformaban con la razon del entendimiento, ò con la de la voluntad; que tambien la voluntad tiene sus razones aparte, quando no quadran al intento de su pasión las razones del entendimiento. En esta consideracion, he procurado con todo estudio texer la narrativa de este Capitulo, abstrayendome, quanto es posible, de aquellas circunstancias, en que se desvienen los Historiadores: y escribo solamente la substancia de la verdad, que todos con vna lengua contestan; ò por lo menos, lo que con los Autores de mejor nota sentò por cierto el gran juyzio, y erudicion de nuestro Anallista; y lo que en sus notables Memo-

ria:

riales satisfactorios dexò escrito el V. Fray Lope de Salinas, Discipulo del Santo Villacreces, Condiscipulo, y intimo Confidente del B. Regalado, y Fundador de la Santa Provincia de Burgos: calidades, que le hazen testigo de mayor excepcion, y sumamente benemerito de aquella humana fee, que deben los prudentes à Varones de tal cathgoria.

Hecha esta inescusable prevençion à los Eruditos de nuestras Historias, digo: que hallandose ya el Santo Joven en la posesion de sus ansias con la profesion Religiosa, ardia en vivos anhelos de ajustarse estrechissimamente à sus nuevas obligaciones, abrazandose de vna vez con toda la Cruz de Christo Cruzificado. Tenia muy fixa en el corazon la maxima, de que en el camino de la virtud, el pararse era dár passos atrás: y con este solido, y verdadero conocimiento, tendia todos los buelos de su espíritu à la mas eminente cumbre de la perfeccion Evangelica, haziendo en ella cada dia nuevos, y mayores ascensos con la practica de virtudes heroicas. Las invenciones, que trazaba, y executaba, para quebrantar sus virginales miembros, eran tales, que passaban de la edificacion al asombro de los Religiosos. Su oracion era continua, y fervorosa; su humildad, hasta lo summo; el desprecio de si mismo, sin comparacion; el rendimiento à la obediencia, sin ojos, ni respiraciones; el olvido del mundo, como si viviese en el Cielo; toda incendios la caridad; y el zelo de la rigurosa, y literal observancia de la Regla, como si se huviesse revestido su corazon de todo el espíritu de vn San Francisco. En suma, los rudimentos de la virtud en el Regalado eran tales, que (sin exageracion) pudieran ilustrarse con ellos, aun los virtuosos muy veteranos.

Los Frayles, tan gozosos como

incautos con su tesoro, no sabian ocultarle; porque à vista de virtudes tan portentosas en años tan tiernos, les era dificultoso poner margenes à su júbilo, y le rebosaban harto imprudentemente, haziendose lenguas del nuevo Chorista, en qualquiera conversacion. Delante de su Madre eran aun mas vivas estas expresiones; y con este aliento levantaba mayores llamas el maternal cariño. Por esta razon era dificil à la piadosa Matrona tener à raya (por mas que los sofrenaba) los deseos de ver, y tratar à su Hijo; para cuyo efecto alegaba, como ya dixè arriba, incontrastable derecho en el titulo de Madre. Estaban à favor de su pretension el Guardian, y Padres del Convento; mirando esta materia con los ojos de la piedad, los quales rara vez alcanzan tanto, como los de la prudencia; con que por mas que la humildad del Santo esforçaba razones, para mantenerse en su retiro, jamàs eran atendidas.

Crecia con esto su desconuelo à medida de su desengaño, y se aumentaba mucho mas, en la consideracion de que la obstinada piedad de su Madre, avia de irle haziendo con el tiempo irremediable, no sin grave peligro de su virtud. Repassaba muchas vezes con serìa ponderacion, el formidable exemplar de muchos cedtos de santidad, derribados en el abismo de la perdicion à combates de la carne, y sangrè, y del viento de los aplanos; y temia cueradamente su ruina entre la conversacion del siglo, à que la passion de su Madre le tenia precisado. Al dolor de este martyrio se añadia otro aun mas cruel, en que sus mismos ojos le servian de verdugos; y era, tener à la vista los abusos en la observancia de la Regla Sacerfica, introducidos por las cavilaciones de los doctos acomodados: conociendo quan difficilmente sale del alma la relaxacion, una vez

que

que tuvo entrada en ella por los refuquios, que abrieron las sutilezas del amor propio. Sobre este assunto luchaban de poder à poder en su corazon el zelo, y la humildad. El zelo, armado con todas las máximas absolutas de la fortaleza, le impelia à sacar la cara en publico, gritando contra los desordenes, y sacrificando la vida, si necesario fuesse, à favor de la justicia; en cuya balanza siempre pesaba vn atomo de la gloria, y honor de Dios, que todos juntos los bienes de la tierra. La humildad empero reforzada con la discrecion, reprimia los impetus de este zelo, considerando reposadamente la gravedad del empecño, à que se entraba; la mala sazón de las circunstancias occurrentes: la improporcion de su persona por falta de canas, de letras, de virtud, y de autoridad: y que hallandose por otra parte sin especiales luzes del Divino beneplacito cerca de este punto, y sin los medios necesarios, para conducirlo prosperamente à su fin: qualquier exterior rompimiento no podia menos de calificarse de temeridad imprudentissima, ò de pueril inconsideracion. Rendido por vltimo à tan acordado dictamen; seña no vulgar de lo castizo de su zelo; se sacrificò todo en las aras de la Divina Providencia; contentandose entre tanto con pedir à Dios, y esperar en continuos gemidos, el remedio de vn mal, que tenia à la Religion en peligro casi de muerte.

Mas el Señor, en cuyos paternales oídos hazian dulces consonancias los suspiros de su Siervo, no tardò mucho tiempo en enjugar sus lagrimas; porque à la misma sazón encendió en el corazon del Santo Villacreces nuevas ansias de asegurar con mas firmeza, y estender por toda España el Reforme de la Orden, à que ya avia dado principio en el Religiosissimo Con-

vento de Nuestra Señora de la Salzedá. Esforzaronse mas las ansias del zeloso Anciano con la noticia de vna maravilla, que le divulgò grandemente por ambas Castillas; y lucediò, como refiero. En el sitio, donde agora està fundado el exemplarissimo Convento de la Aguilera, distante dos leguas de Aranda de Duero, y de Roa, en la Santa Provincia de la Concepcion, en Castilla la Vieja; baxaban del Cielo todas las noches repetidos globos de fuego, tan apacibles, y hermosos, que sus rayos, en vez de ser terror, eran delicia de los ojos, y consolacion de los corazones. Observada de los Pueblos de la comarca novedad tan prodigiosa, y bien asegurados de su verdad; lo pusieron en consideracion del Obispo de aquella Diocesis, para que sobre ello tomase la mas conveniente resolucion. Era prudente el Prelado; y aunque al principio no diò todos los oídos à la noticia, cautelando no fuesse credulo rumor de aquellos, à que facilmente se inclina la indiferente piedad de los Pueblos: no empero la desprecio, y con madura reflexion passò à los informes juridicos. Certificado por ellos de la verdad, y convencido, à que tierra tan especialmente mirada de las atenciones del Cielo, se destinaba à algun intento grande de la Providencia Divina: determinò se levantasse à honor de la Reyna de los Angeles vna devota Hermita en el mismo sitio, que los fuegos Celestiales avian señalado. No manifestó Dios entonces el fin, à que ordenaba maravilla tan illustre; pero los admirables acacimientos, de que fue teatro despues aquel dichoso lugar, nos tienen bien persuadidos, à que el intento de la maravilla fue, trazar el Santissimo Convento de la Aguilera; tirandò el Cielo con rayos de luzes para la planta, las primeras lineas.

Al mismo tiempo, tambien el V.

Vi-

Vvading.
adan. 1448
n. 6. Vid-
bant in Ti-
runculo Cõ-
sedales, que
in veterano
oppererent
conspicua
excella, lau-
dabilia; as-
siduam ora-
tionem, sum-
mam humi-
litate, ar-
dentissimã
charitatem
&c.

Villacrecés; tuvo luz especial de la heroyca fantidad del Regalado: y pareciendole, que este podria ser idoneo Coadjutor de sus empresas; y que el sitio señalado del Cielo con el referido prodigio seria lugar muy apropiado para Heremitorio de su Reforma: tratò de enderezar tan oportunos medios àzia sus santos designios. Tomada finalmente en este punto la vitima resolucion, y dexando ya arraygada la planta de su Reforma en el Convento de Nuestra Señora de la Salzedá (sea lo que se fuesse de los Prelados, à cuya jurisdiccion quedò sujeto este Convento, sobre que se puede ver el Tratado Historial Apologetico de nuestro Docto Magdaleno, y la Chronica reciente de la Santa Provincia de Burgos, y lo que yo tambien dirè adelante lib. 2. cap. 11.) el Santo Villacrecés encaminò su viage à la Aguilera; à cuyo fin, à pie, y descalzo, y acompañado de otro Religioso, cuyo nombre callan las Historias, rompiò la fragosidad de los Puertos, que atan con la cadena de sus montes los confines de vna, y otra Castilla.

Llegò al parage deseado, y aviendo hallado en su muda soledad, y desamparada aspereza, quanto para los exercicios de penitencia, y oracion le pudo pimar el deseo: passò sin dilacion à pedir el sitio, y la Hermita al señor Obispo de Osma (à cuya jurisdiccion toca este territorio) para fundar Convento de su Reforma, en virtud de las licencias, que para este efecto tenia. Poco tuvo que dexarse persuadir para tan santo fin el piadoso Prelado; porque se le pedia lo mismo, que deseaba conceder. En consecuencia de esto, no solo favoreciò la peticion, sino que rindiò benignissimas gracias al V. Villacrecés por lo fervoroso de su zelo: quedandò tan satisfecho de el, que le empeñò su palabra de ayudarle à tan gloriosa empresa

con todos los brazos de su poder, y autoridad; como con efecto lo cumplió.

Dados estos primeros passos sin el menor tropiezo, y conociendo el V. Anciano en la prosperidad, con que sus designios procedian; que la misma mano de Dios, que le guiaba en ellos; le allanaba tambien los estorvos, en que pudieran retardarse: dirigió à Valladolid su camino; llevando su corazon tan lleno de esperanzas del feliz exito de su conducta, como de ansias de ver, tratar, y abrazar al dichoso Coadjutor; que en el Santo Regalado le tenia prevenido el Cielo. Concluida su jornada, sin acacimientto digno de especial memoria, entrò en el celebre Convento de N. P. San Francisco de Valladolid; donde la gran representacion de su persona, por lo illustre de su nobleza, por lo eminente de su sabiduria, por lo famoso de su fantidad, y lo penitente de su exterior, le conciliò las atenciones, y respetos de todos los Frayles. Valióse el discreto Anciano de esta recomendacion de sus prendas, sin ofensa de la humildad; para dar calor desde luego à su pretension; no rezelando entonces los inconvenientes de la celeridad, la qual ordinariamente suele defazonar la ocasion de las empresas mayores. En atencion à esto, despues de aver hecho notorio à la Comunidad el asunto de su viage, y la comission, que tenia, para recibir del cuerpo de la Religion Frayles en su Reforma: persuadiò la obligacion, en que estaban de vivir en el rigor de la Regla; entendido segun la mente sencilla del Serafico Patriarcha; y quan importante seria, para conseguir à satisfaccion este fin, seguir el nuevo modo de vida, à que ya avia dado principio. Pero como estaba el amor propio bien hallado en la libertad de sus anchuras: ninguno de los Frayles, sino el Santo

Re-

Regalado diò por entonces oídos à sus proposiciones: y fue mucho en circunstancias tales, que no se le opusiesen; porque rara vez los primeros passos de las empresas fantas dexan de tener enfrente toda la montaña de la contradiccion. Solo en el Santo Regalado se lograron llenamente los efectos del zelo del V. Villacrecés: quien luego que puso los ojos en el bendito Joven, penetrò con la luz que tenia del Cielo, el fondo de aquel espiritu; en cuyo conocimiento no dexaria de rebosar exorbitancias de júbilo su corazon, muy parecidas à las del Santo Anciano Simeon en la primera vista del Niño Redemptor del mundo. No fueron menores en el inocente Mancebo las redundancias del gozo, viendo ya patente la puerta para el logro de sus deseos, que le avian tenido de costa tanto caudal de lagrimas. Hablaron los Siervos de Dios à solas, comunicandose reciprocamente los sentimientos del espiritu, en que de vno, y otro levantò mayores llamas, para volar à su esfera, la caridad.

Resuelto en fin el Santo Regalado; despues de largas conferencias, à seguir en todo trance las pisadas, y instituto del V. Villacrecés, à quien ya miraba con los respetos de Maestro: se dexò totalmente à su direccion, para que dispusiese la salida de Valladolid, antes que de los extremos de su Madre se levantara alguna dificultad, que retardasse el curso de su deseada dicha. En consideracion à esto, trazò con discreta madurez el V. Villacrecés, salirse de improvisò de la Ciudad, sin participar à nadie su designio, hasta el mismo punto de la execucion. A este fin despedidos repentina, y aceleradamente de la Comunidad vna noche, dexaron el Convento, antes que con el dia llegasse la voz, y el dolor de la ausencia del santo Hijo à los oídos, y al corazon de la piadosa Madre. Esta

Parte VI.

luego que supo novedad tan funesta para su maternal cariño, diò, à pelar de la cordura, todas las riendas à la pena: cuyos ecos iban tambien resonando en el alma del bendito Joven. Pero como Santo, se servia de su dolor para el sacrificio de la conformidad con el beneplacito Divino: enseñandonos con este exemplo; que la gracia no destruye, sino perfecciona, y pone en orden los afectos de la naturaleza: y que con tales violencias se deben romper sus lazos, quando atan al espiritu, para que no vuele en seguimiento de Dios.

CAPITULO IV.

LLEGAN A LA AGUILERA LOS Santos Villacrecés, y Regalado: dan principio à la Fundacion del Convento: crece brevemente el numero de los Frayles; y refierense los primeros empleos del Santo Regalado, en la nueva forma de vida.

Quando los pies caminan sobre las alas del corazon en alcance del bien, à que anhelan, no son passos los que adelantan, sino vuelos. La distancia de Valladolid à la Aguilera; centro, à que miraban con tanta impaciencia los benditos Caminantes, era de tres jornadas: los pocos años en el Regalado, que apenas passaban de catorze; y los muchos en el Santo Villacrecés, que ya se acercaban à sesenta: les hazian mas dificil el caminar à pie. La necesidad de mendigar el precioso sustento, buscandole de puerta en puerta (porque en aquellos tiempos en Castilla se avia perdido la devocion de hospedarnos en sus casas los Hermanos seglares) les retardaba el viage: y sin embargo de tantos estorvos; llegaron en tres dias

B

à la Aguilera: tal era el impetu del espíritu, que los movia.

Aquí despues de aver rendido las debidas gracias à la Magestad Divina, porque, vencidas todas las dificultades, los avia ya puesto en la posesion de sus esperanzas: acomodaron la Hermita con el mejor modo, que les fue posible, en disposicion de Templo religioso, para celebrar los Oficios Divinos. Despues, para habitacion levantaron de bimbres, y barro seis humildes celdillas; que atendidas segun lo rudo, y sylvestre de su forma, llamariamos con mas propiedad cabañas; y segun el fin de su fabrica, sepulturas.

En esta forma de Heremitorio dieron principio à vna vida mas angelica que humana; porque como se hablaban desembarazados de los estruendos del siglo; y mucho mas de las inquietudes de terrenos apetitos, tenian toda su conversacion en los Cielos por medio de la Divina contemplacion, à que daban la mayor parte del tiempo. De nada cuydaban mas, que de vivir, no solo muertos, sino sepultados al mundo; conociendo que pocas vezes puede comerciar con él, sin que el espíritu llegue à contaminarse con alguna de sus infecciones. Como su principal alimento era el ayuno; con poca comida contentaban à la necesidad: y para este efecto mendigaban en las Poblaciones comarcanas vna escasa limosna de pan; à que se reducía todo el abasto, y provisiones de aquella nueva, y peregrina Comunidad.

Bièn quisieran los humildes Fundadores, que este modo de vida estuviese descubierta solo à los ojos de Dios, à quien solo deseaban agradar; y que la providencia de su altísima Sabiduria dispusiese la extension de la Reforma de modo, que siempre quedassen ellos ignorados de los habita-

dores del mundo. Mas el Señor, que haze nacer el Sol de la virtud de los justos sobre la vista de los buenos, y los malos; de los buenos, para empeñarlos à la imitacion, y de los malos, para confundirlos en su maldad: dispuso que muy en breve se difundiese la buena fama de los Santos Villacreces, y Regalado, no solo por la comarca de la Aguilera, sino por los ambitos de las dos Castillas. Con esta ocasion concurría innumerable Pueblo à visitar à los Siervos del Altísimo; y como la eficacia de el buen exemplo es tan poderosa para mover al sequito de las virtudes; especialmente si se miran los exemplos con los ojos de la piedad: à breves dias abrazaron el nuevo Instituto otros Compañeros; con que creció la Comunidad al numero de doze Frayles. Uno de los primeros, que azeron su nombre en esta humilde milicia, fue el V. Fray Pedro Santoyo; de quien ya dexamos hecha memoria en el Tomo 5. libro 3. cap. 10. De aquí parece quiso Dios con acuerdo todo sabio, levantar solidamente la fabrica de esta Reforma sobre el hermoso triangulo de tres illustres piedras; ò de tres Varones Santos, señalados todos con el glorioso nombre de Pedro; es à saber, Pedro Regalado, Pedro de Santoyo, y Pedro de Villacreces: bien que à este se le debe siempre la gloria de la primacia, como notò con madurez la crudita justificacion de nuestro Wadingo. Poco despues, ò en el año siguiente de quatrocientos y cinco, segun los mas probables computos, se juntò à los Santos Fundadores el V. Fray Lope de Salazar y Salinas, Fundador de la Santa Provincia de Burgos: à quien el Santo Villacreces llevó Niño de diez años, como lo dize el mismo Venerable Fray Lope en su Memorial Satisfactorio; y se tocarà mas de

Per tres, eiusdem nominis, viros collapsos. Sicut est disciplina: Villacresio tamen insigniter praevalente. ad ann. 1448. n. 7.

de proposito en la Vida de aqueste Siervo de Dios. Algunos Historiadores modernos se devian de la narracion de nuestro grande Annalista en algunas circunstancias de la Fundacion de la Aguilera: en cuyo examen advertidamente no he querido empeñarme, así porque el Annalista escribe lo que se conforma mas con el dicho del V. Fray Lope, restigo de vista, y de mayor excepcion: como tambien, porque las tales circunstancias son administrados tan leves, que no serviria de otra cosa su controversia; en la Historia General, que de embatazar el tiempo, y defabrir el gusto de la devocion con computos Chronologicos de lo menos vil.

Enfin, luego que el Santo Villacreces se viò con suficiente numero de Religiosos, puso en planta el método de vida, que se avia de observar indefectiblemente; y distribuyó los empleos del servicio del Convento, para que todo estuviere con orden; sin el qual, es certissimo, que falta el alma, y la hermosura al cuerpo de qualquiera Comunidad. Al bendito Joven Regalado, de cuyo superior espíritu, las experiencias renian ya adquirida altísima comprension en el V. Maestro; le fiò à vn mismo tiempo la Sacristia, Enfermeria, Porteria, y Refectorio. Criabale para idea universal de virtudes religiosas, y quiso que en la practica de estos exemplos estudiassen aciertos, y perfecciones los ojos de los demás. El fervor del Santo Joven daba à cada oficio todo el lleno que pedia, como si cada vno fuese el total, y solo empleo de sus atenciones.

En el de la Sacristia no parecia sino Espiritu de fuego en la puntualidad, con que asistia à todas las cosas del Divino Culto. Adornaba los Altarés, principalmente, con la limpieza, y aliño; engastes, en que el inge-

Parte VI.

nio de la santa Pobreza, dà valor, y estimacion à sus altajas. Con mas esmero aplicaba este cuydado al aseo, y curiosidad en los Corporales, como los que mas inmediatamente sirven à la soberana Mesa; donde con asombro, temor, y temblor de los Angeles, se dà en comida à los hombres el mismo Unigenito Hijo de Dios. En esta consideracion se acaloraba la voluntad del fervoroso Siervo del Altísimo, de modo, y para el Divino Culto, todo el desvelo de su religiosa piedad le parecia poco. Con este espíritu; que sentiria su corazon, si viesse (y ojalà no lo tocáran nuestras experiencias!) que muchos Ministros del Altísimo se atrevian à ofrecer el tremendo Sacrificio del Cuerpo, y Sangre de Christo sobre Corporales, no solo indecentes, sino asquerosos? Bien cierto es (y por esto digno de lagrimas de sangre) que mas de vno de aquellos Ministros, que fundan la decencia del Sacerdocio en la pompa exterior, con que se tratan: no reputara por dignos manteles para su mesa, aquellos mismos corporales; en que celebra Missa. Y que esto sufra la piedad Christiana!

Bolviendo empero à nuestro Santo; no era menor, que en el Culto Divino su puntualidad, y fervor en el servicio de los enfermos; cuyas dolencias le ponian continuamente delante de los ojos la viva Imagen de Christo Crucificado, transformado en Varon de dolores por nuestro amor, en el lecho de la Santa Cruz. Erale poderoso estímulo esta consideracion, para servir à los enfermos con el cuydado, y cariño, que pudiera asistir à sus dolientes hijos la mas tierna, y compasiva Madre. Por quantos caminos eran posibles à sus fuerzas, y à su industria, les sollicitaba el alivio. Con la compasion, suavizaba sus dolores; con la paciencia, sufría sus impertinencias;

B 2 con

con la humildad, limpiaba sus inmundicias; y con la caridad, se desvelaba para executar acertada, y puntualísimamente todo quanto el Medico disponia. En fin, hecho cargo de que por especial precepto de la Serafica Regla, cada Frayle sano debe servir al enfermo, como quisiera ser fervido, si se trocassen las fuertes: se aplicò tan exactamente al cumplimiento de tan estrecha obligacion, que no tuvieron de que hazerle cargo los mas escrupulosos primores de la caridad.

En la Porteria no solo resplandecieron su exemplo, y su misericordia, sino tambien su discrecion. Era vrbaniísimo con los huéspedes, à quienes trataba con agasajo religioso; haziendo para el trato, distincion prudente de gerarchias, y obligaciones. Con los Bienhechores, y Hermanos de la Religion, era mas esmerada su asistancia; como quien sabia que de justicia se les debia toda aquella buena correspondencia, à que puede estenderse el brazo de nuestro estado pobre. No solo no excitaba, pero corraba con discreta sagacidad, aquellas conversaciones, en que se mezclaban los vanos rumores, y novedades del siglo. Hablaba siempre del Cielo, donde tenia fixo su corazon; pero con mucha destreza (que la discrecion hasta para hablar de Dios es necesaria) sin hazerle importuno à los Seglares. Con lo mismo que los edificaba, cumplia con la debida vrbanidad de serles asable; primor que siempre se desca, en los que tienen mania de hablar de espíritu con todos sugetos, y à todas horas. Con las mugeres caminaba su prudencia por otro rumbo. No las recibia con aspereza: pero su cautela templaba en tan medido punto el agrado, que siempre las tuvo contenidas en el temor, y respeto. Ahorraba de conversaciones con ellas, aun para tratar de Dios; pensando que à ellas, y à sí

aprovechava mas con el cauteloso devocio, que con los documentos de la lengua, por espirituales que fuesen. Jamas les abrió la puerta, y siempre diò expediente à sus recados por el rasillo, ò ventanilla de registro, que fuele aver en las puertas de nuestras Clausuras. Tan exacto fue en esta importantísima regularidad, que ni aun con su misma Madre la dispensò, en cierta ocasion que fue à visitarle de Valladolid: caso, en que para acallar las muy sentidas quejas de la maternal piedad sobre este punto, tuvo que entrar la mano el Santo Villacreces, disculpando al bendito Joven. Otros admirables casos, que le sucedieron en el oficio de Portero con los pobres, à quienes repartia la limosna; referirè con extension, en llegando à tratar de los efectos milagrosos de su caridad.

Con la misma perfeccion que los demás oficios cumplia el bendito Regalado el del Refectorio: que le exercitò, hasta que el V. Fray Lope, despues de aver estado en Abito de Tercero tres, ò quatro años, tomò el Abito de la Reforma, y sirviò este oficio con particular puntualidad, como el mismo nos lo dize en su citado Memorial Satisfactorio. Finalmente en todos los oficios, que su V. Maestro le encomendò, fue el Santo Regalado vna viva idea de la Vida activa perfecta. Los Frayles viendo el exacto cumplimiento de tantas cosas juntas, no acababan de admirarse: y se vian obligados à conocer, que estaba con su Siervo la mano de Dios; en cuya virtud à vn tiempo mismo, como otro nuevo Eliseo, abria doze furcos de labor profunda en el dilatado campo de tantas ocupaciones.



CAPITULO V.

EXERCITA EL SANTO REGALADO, despues de algunos años de retiro, el oficio de Limosnero con exemplar edificacion, y mucho fruto de los Pueblos de la Guadalupe: y califica Dios su virtud con vn insigno milagro.

Sin embargo de que el V. y prudente Maestro Villacreces estaba bien asegurado de la solidéz, y firmeza de las virtudes de su Santo Discipulo, no quiso de luego à luego sacarle à la plaza de la publicidad; cautelandolo con madura circunspeccion los estragos, que en las virtudes tempranas fuele ocasionar el viento de los aplausos, y los derrumbaderos de las ocasiones del siglo; de cuyas funestas fatalidades tiene llenos sus libros el escarmiento. Y à la verdad considerabalo con gran solidéz; pues qualquier hombre de mediano juyzio conoce, que virtud en gente moza, suele ser censo sin hipoteca, donde los reditos, ò se esperan con sobrefaço, ò no se esperan. Y aunque no dudamos, que de tan fatal desgracia es, ordinariamente, el origen la fragilidad de nuestra humana naturaleza; que como concebida en pecado, y propensa al mal, facilmente se dexa llevar à el, alhagada del deleyte de los objetos sensibles: cuyos humos ofuscando los ojos de la razon los indisponen de modo, que dexan de percibir las luzes de la gracia, hasta que del todo ciegos vienen à despeñarse en el profundo de la perdicion: pero tampoco podemos negar que mas de vna vez fuele fer causa de tales ruinas la simple credulidad de algunos Maestros espirituales: que yo no se con que especie de piedad, abultan en su juyzio el espíritu del Discipulo; de modo que conciben cuerpo solidísimo de

perfeccion, lo que apenas fuele ser poco mas que sombra de virtud. Firmes en este error, hijo propio de la passion (si he de hablar como lo siento) y bautizado con el nombre de la piedad: al punto juzgan, que hazen vn grande perjuyzio al mundo, sino sacan à su teatro las luzes de sus Discipulos espirituales, para que desterrando los vicios, sirvan con ellas à la comun edificacion. No fuele passar empero mucho tiempo, sin que el escarmiento les trayga el defengano, poniendoles delante de los ojos apagadas à vn leve soplo de tentacion aquellas luzes, que ya canonizaban por inextinguibles. Otras vezes estas poco maduras resoluciones de facer al publico à los Discipulos, fuele ser en los Maestros efecto futilísimo de vna muy secreta vanidad, metida allà en las medulas del alma: la qual vanidad equivocando con el zelo de la gloria de Dios, el de la gloria propia, les haze quedar muy pagados de sí mismos; por la destreza que ostentan de su Magisterio en el difícil manejo de la direccion mystica. Lo cierto es, que à los que el Señor llegò à fiar el altísimo ministerio de encaminar las almas à la cumbre de la perfeccion, necesitan hazer muy frequentes, y escrupulosas anotomias de los movimientos de sus afectos, en orden à los sugetos, que gobiernan; porque muchas vezes juzga el entendimiento, lo que quiere la voluntad; de donde viene que se trabuca el juyzio, entendiendo ser espíritu, lo que es carne: y gracia, lo que es naturaleza: abultandose mucho mas el cuerpo del error, si llega à mirar todas estas cosas la añion con su antojo de larga vista: y suplanne los Criticos la digresion de este exordio, por la doctrina, en que puede interresarse la necesidad del tiempo, que corre.

Muy libre de los achaques referi-

dos estaba el Magisterio del Santo Villacreces en orden à su bendito Discipulo Regalado; pues (segun empezè à dezir) hasta tanto, que con algunos años de experiencias en el retiro de la clausura formò juyzio practico de estar profunda, y solidamente fundado el edificio de sus virtudes, no determinò mandarle que saliesse à los Pueblos à pedir limosna. Luego empero, que la misma prudencia, y mas principalmente la luz Divina, le assegurò de los temidos inconvenientes, le hizo Limosnero.

Aceptò el Siervo de Dios el oficio con puntualidades de verdadero obediente; y comenzò à practicarle con heroica perfeccion; trayendo siempre à la vista todas las maximas de la humildad, mortificacion, y caurela. Salia del Convento encerrado dentro de sis, y para no echar menos la compania de sus hermanos en el Claustro, se abrazaba mas estrechamente con Christo en el retiro de su interior. Aqui clavaba los ojos del alma por el amor, mientras la modestia le hacia clavar en tierra los ojos del cuerpo: con esto vltimo aseguraba la edificacion de los proximos, que le atendian como prodigio de honestidad, y mortificacion; y con aquello fomentaba el fuego de la caridad; que, como en mystico Santuario, ardia continuamente en su pecho. Como su compostura no pendia de las violencias del artificio, sino del movimiento de la ocupacion interior, era igual en todas partes, y en todos tiempos: con que se realzaban con la constancia los primores de su modestia. Visitaba los Templos, antes que las casas; ò (por dezirlo mas ajustadamente) no visitaba las casas, sino los Templos. Solo dispensaba en esta, para los limosneros importante maxima, quando la vrgencia de la caridad le metia en las casas, à fin de sanar à los enfermos, ò consolar à los

aflijidos. Como en los Templos gastaba con Dios la mayor parte de las horas; ni podia, ni necesitaba gastar mucho tiempo en las puertas, para pedir. El arte con que pedia, era pedir sin arte: conociendo que la limosna, que se faca con artificio, trae semblante casi de hurto; y que nunca sentò bien al gusto de la pobreza voluntaria, lo que, ò la parola, ò la arenga del pobre sacò del puño del Bienhechor. Para pedir, pues, el Regalado no seguia, ni practicaba otra regla, que la que se ajusta mas bien à la de nuestro estado sencillo: *y es, alegar el amor de Dios, y dar à todos buen exemplo: poner tan presto el rostro à la injuria, como la mano à la limosna; y retribuir en agradecimiento de todo, con sereno semblante, y corazon humilde, verdaderas gracias.* Eran por este medio tan copiosas las limosnas, que solia verse embarazado con ellas. Pero no cogia solo este fruto con el cultivo de sus buenos exemplos; porque se estendia tambien à obrar ocultamente en las almas efectos maravillosos: no de otra fuerte, que en las entrañas de la tierra, fragua sus tesoros la virtud penetrativa del Sol. Muchos fueron los peccadores, que estimulados de la modestia, y penitente aspecto del Santo, dexaron el partido del vicio, y se convirtieron à Dios haciendo verdadera penitencia.

No obstante, que los efectos del buen exemplo, y virtud del Siervo de Dios, eran ordinariamente los que acabo de referir; todavia, como el vicio està siempre de punta con la virtud; y la sapientissima Bondad de Dios dà lugar à que los peccadores con golpes de persecucion, y calumnia, labren à los justos la corona de su gloria: no faltaron ocasiones, en que se exercitasse bastantemente la paciencia del humilde Limosnero. Yà hubo quien al tiempo de llegar el Santo à pedir à su puerta, le diò con ella en los ojos, so-

bre

brecargando à este desprecio muchos dicitrios de hypocrita, invencionero, y holgazan, que con los fruncimientos de su semblante engañaba à los simples, para desfrutarles las limosnas, que estuvieran mas bien empleadas en otros pobres. Estos valdones, que siempre oia su humildad con serena mansedumbre, le profundaban en el abatimiento de su conocimiento propio; y estimándolos como preciosos gajes de la santa pobreza, bolvia à buscar en la misma puerta el tesoro de su desprecio; hasta que finalmente la impiedad se daba por vencida de tan profunda humildad, y apacible mansedumbre.

A la mortificacion de la verguenza, y desprecio; que siempre và delante de la cara de quien pide (si es que la necesidad, ò el entremetimiento no le quitan la cara de racional) añadia el bendito Joven otras mortificaciones penales muy sensibles. En el rigor del Ivierno, quando los caminos por las nieves, y lodos suelen estar intratables, andaba los Pueblos, y caminos de su limosna à pie, y enteramente descalzo; sin mas defensa para el frio que vna sola tunica, y vn manto muy corto, segun la forma, y figura, que en aquel Reforme avia establecido el Santo Villacreces. No permitia que las limosnas de pan, que avia recogido, se las conduxesse al Convento la piedad de los Bienhechores, como con apretadas instancias se lo ofrecian: y las llevaba al ombro pendientes de su baculo; con cuyo motivo fomentaba piadosas consideraciones del amor de JESUS su Amado, cargado con el peso de la Santa Cruz por aliviarnos del de nuestras culpas.

Viendo el Santo Villacreces el mucho quebranto que ocasionaba en el bendito Joven la referida penalidad de conducir al ombro la limosna, dif-

puso aliviarle, mandandole admitiesse para este fin vn humilde jumentillo, que la caridad de vn Bienhechor del Convento le avia ofrecido. Sacrificando à la obediencia el rendido subdito, admitiò este alivio, que fue muy del agrado del Señor; como se dexa ver en el siguiente milagro. Riega los valles de la Poblacion, ò Villa de *Haza*, distante pocas leguas de la Aguilera, vn pequeño Rio; que tomando el nombre de la Villa, como para compensarse del beneficio del riego, se llama *Ri-Haza*. Con el caudal, que le dieron las repetidas lluvias, y nieves del Diciembre; en cuya cruda estacion aconociò la maravilla, que voy refiriendo: se ensoberveciò (bastante seña de su corta capacidad) de modo, que ni permitia vadearse, ni dexò libres de su inundacion los pontones. En esta sazón llegò à su margen el Santo Regalado con precision de conducir al Convento la limosna, que se necesitaba mucho. Viendo empero la dificultad del vado, se huviera buuelto à la Poblacion mas cercana: pero las vrgencias de la caridad de Christo le apretaban, para que no dexasse perecer à sus Hermanos, que en su diligencia esperaban su socorro. Estimulabale la caridad, para que se arrojasse à las aguas, afianzado en el poder Divino, que nunca dexa perecer à los que en el ponen sus esperanzas: pero deteniale su humildad, temiendo que por sus muchas culpas era indigno de las especiales atenciones de la providencia de Dios. En esta contrariedad de afectos no hallò mas prompta salida, que levantar el corazon al todo Poderoso, y pedirle con las mayores ansias del alma, le inspirasse su Divino beneplacito. Apenas el gemido de su oracion pulsò los Cielos, quando se hallò arrebatado de vn espiritu de fec, tan ejecutivo, que arrojado todos los temores, arrojò el manto à la pla-

ya,